

---

EN HOMENAJE

**AL INSIGNE DESCUBRIDOR VASCO NUÑEZ DE BALBOA**

GEOGRAFIA FISICA DEL OCEANO PACIFICO

Conferencia pronunciada por el señor licenciado Ezequiel A. Chávez, Dr. H. C. de la U. N. de M., en la sesión solemne que la Sociedad de Geografía y Estadística celebró el 25 de septiembre de 1913, para conmemorar el 4º centenario del descubrimiento del Océano Pacífico.

Como admirablemente dijo el genial geógrafo Bernardo Varenio, hace 264 años, en aquel monumento filosófico que fué su geografía, publicada en el mismo año de su muerte, a los 28 de su edad, rehecha después por Sir Isaac Newton, y elogiada por el Barón de Humboldt, si una sola partícula de agua se pone en movimiento, el Océano entero tiene que responder a ese movimiento, de tal manera que sólo un sistema completo de circulación puede existir en él.

Pero aun más cierta si cabe, que esa gran verdad, es, sin embargo, la que pudiera formularse diciendo que si una alma logra entrever siquiera, y señalar a los hombres un destello, sólo un furtivo relámpago de un conocimiento antes no alcanzado, millares de almas, millones de almas vuelan hacia la luz entrevista, y siguen el rayo de claridad que hiende las tinieblas.

Tal fué la suerte del explorador insigne cuyo recuerdo hoy nos



reúne: viene bruscamente de la obscuridad, como los meteoros: nadie sabe de qué es capaz, cuando en una nao que navega hacia los bordes orientales de Centro América aparece de súbito: llega a la costa en la que recientemente fundadas colonias de blancos se debaten entre los horrores del hambre, del desamparo y del desgobierno; concierta las voluntades; por su espíritu de justicia y su magnánima conducta, torna en amigos a los indígenas antes hostiles; un indio joven, que ha encontrado en su alma una alma hermana, le habla de una mar misteriosa y grande que ningún europeo ha visto; para buscar esa mar, entra a la selva virgen; cruza las montañas; oye dentro de sí mismo, antes de ver las olas que lo atraen, la solemne música de esas mismas olas; llega a una cumbre; ante sus ojos fascinados, se dilata, con su infinita vida azul, el Océano desconocido; entra en el agua que hasta él sube, y que en su seno sorprendida lo recibe; tremola sobre ella la bandera victoriosa de Aragón y de Castilla; venciendo dificultades sin cuento prepara, en seguida, la exploración del mar que ha mostrado a los Europeos; sueña en los prodigiosos caminos de ese mar, de día; sueña en sus encantados senderos, de noche; construye las naves en que ha de surcarlo; las bota al agua; va ya a entrar en ellas, cuando sus enemigos lo llaman a una cita traidora; lo aprehenden; lo decapitan; cinco años apenas después del momento en que aparece en la nao, se hunde otra vez como un meteoro en la sombra eterna, en el misterio infinito.

La raya de luz que en su rápido paso por la historia trazó sin embargo, sobre el muro sombrío y gigantesco de la ignorancia, fué vista por otras almas; fué para otras un derrotero: y siguiendo ese derrotero han ido todas: han ido y siguen yendo: fueron primero sus enemigos, en las mismas naos que él había construído; fueron después los pilotos audaces que el Pacífico recorrieron; los que encontraron y burlaron, en el tiempo de la guerra contra los araucanos, las corrientes y los vientos australes, que forman allá parte del vasto circuito de las olas oceánicas; fué el genial Urdaneta, el ilustre franciscano que, bogando a los 67 años

como piloto con Legaspi, desde Acapulco hasta las Filipinas, tuvo la intuición soberana que lo condujo a buscar la ruta de la América, no retrocediendo directamente hacia ella como tantos lo habían intentado y como tantos habían fracasado, sino por el Norte: fué él quien se dejó llevar por las corrientes y los vientos que hacia el Japón caminan; y que, cuando sintió que se doblaban esos vientos y esas corrientes hacia el Este, se dejó conducir por ellas; obedeciendo astutamente a las fuerzas de la naturaleza entró en el enorme Río Negro, en el Kuro Sivo, que al través del Océano anda, y abordó con el Río Negro las costas de California, y desde allí tornó hacia el Sur hasta Acapulco.

Sin su hazaña, por la que quedó descubierta la vasta circulación del Pacífico del Norte, en un tiempo en que las únicas grandes fuerzas propulsoras al través del Océano eran las inciertas alas de los vientos, la navegación regular del Pacífico se habría retardado centenares de años.

Conocida empero la enorme serpiente líquida que desde Centro América eternamente resbala, bajo el soplo de los vientos hacia las Filipinas, y que al llegar allí se tuerce, frente a las islas asiáticas, tornando desde el Japón otra vez hasta las costas occidentales de Norte América, para navegar de nuevo perennemente la vuelta de las Filipinas, quedaron éstas unidas con la Nueva España, como la Nueva España, al través del Atlántico, estaba unida con la vieja Europa; y la misteriosa civilización asiática empezó a entregar sus secretos, lo mismo que sus tesoros al Mundo, gracias al eterno vaivén de las aguas y de los vientos, cuyo cielo al través de las silenciosas soledades del Océano, había sorprendido la mirada genial de Urdaneta, del más ilustre acaso de cuantos entonces siguieron la estela trazada por Vasco Núñez de Balboa.

Interminablemente después, hombres de todos los países, en seguimiento de los atrevidos mareantes españoles, han descubierto y vuelto a descubrir las islas del Pacífico, han explorado sus litorales, han abierto el camino a audaces colonizadores, y tras ellos han venido al cabo los que no tienen en el mundo más que



un solo afán supremo, el de la ciencia; una sola ansia incontenible, la de ver lo que nadie ha visto, lo que a los ojos de los demás se escapa: desde el incansable viajero Cook, inmensa ave de mar, con las alas desplegadas siempre sobre el Pacífico para ir a todas sus latitudes; desde los atrevidos marinos franceses; desde los rusos que en el Noroeste del Nuevo Mundo descubrieron hace un siglo las colinas de hielo fósil de la costa, recubiertas solamente por una delgada capa de tierra; desde el genio inmortal de Carlos Darwin, que en los bordes occidentales de la América del Sur encontró huellas del mar, en lo alto de montañas que a la mar miran; desde los que recorrieron y estudiaron la superficie toda, hasta los que exploraron el fondo, conducidos por otro vidente, por el genial norteamericano Maury, que se empeñó en penetrar a los abismos escondidos, en llegar a las profundidades que se habían declarado insondables: todos, sin embargo, han seguido en suma el derrotero que la mano de Núñez de Balboa hubo de trazar, en el breve instante en que entró a la historia: ¡todos! Hasta los que fueron ayer, de cara al mediodía, a los confines australes de las aguas que por el mediodía limitan al Pacífico; hasta los que, al través de la alta mesa de la Tierra Antártica, se empeñaron ayer en plantar la bandera de la Gran Bretaña en el corazón del Polo, para traer en seguida las observaciones, las noticias, los datos de aquella tierra misteriosa; las noticias, los datos, las fotografías, las observaciones que los compañeros del sublime Scott vinieron a encontrar al fin bajo su cabeza, helada por la muerte, en el lugar en que el hambre y el frío le quitaron su último aliento, cuando aún sostenía entre sus dedos crispados el lápiz con que escribió las últimas palabras de su postrer mensaje a su patria y al Mundo!

Cuántos héroes, y sabios y mártires de su amor a la ciencia, por los que el conocimiento del Pacífico va haciéndose! Todos, como el inmortal Núñez de Balboa, han hecho brillar su antorcha en lo obscuro, y millares de almas han visto la claridad sibilina; y millares de almas han volado tras ella!

Pero ahora, ¿quiénes son los que mejor han unido todas esas

luces esparcidas, para que nosotros las veamos? son, sin duda, el más completo acaso de los oceanógrafos, Krümel, y el más sagaz de los geógrafos, Suess: en la obra gigantesca de este último, en "La Faz de la Tierra," se entrecruzan, se sueldan, se ligan, se contraponen, para sostenerse mutuamente y mutuamente ayudarse, los innumerables datos, las incontables observaciones hechas al través del planeta entero; y cada región del mismo, contrapuesta a las otras, palpita con una vida nueva en sus inmortales páginas: nada para mí se destaca sin embargo en ellas con fuerza mayor que cuanto al Océano Pacífico se refiere: todo en efecto en el Océano Pacífico es grande: es en el globo que habitamos la unidad geográfica que mejor domina a todas por sus colosales proporciones y por la soberana armonía que en él reina: su extensión primero: mayor que la de todos los continentes y todas las islas de la Tierra: sus bordes en seguida: formados por altos muros, por estupendas cordilleras en las que arden colosales y siniestros volcanes; sus abismos después, los más vertiginosamente profundos que el hombre ha descubierto; las razas en fin, que lo circundan, las que en lo futuro habrán de plantear los más tremendos problemas para la vida de la humanidad.

Analicemos rápidamente: ¿cuál es en sus bordes la forma del Pacífico? Casi cerrado al Norte, se comunica allí no obstante, con el Mar Artico por el estrecho de Behring, apenas de 58 kilómetros de anchura y de solo 51 metros de profundidad, y desde allí se abre y se ahonda hacia el Sur, siguiendo por el Este las costas de la América; por el Oeste las del Asia, las de Insulinda, las de Australia, hasta la Antártica. La doble línea divergente de sus litorales, que desde el Septentrión se separan hacia el mediodía, suscita fácilmente al verla en una carta geográfica, la imagen que trazara el corte, de arriba a abajo, de una irregular e inmensa campana, doblada a trechos, sobre todo en el Suroeste; sujeta arriba por las tierras que allí anudan la América y el Asia, y abierta abajo hacia la región de los hielos, hacia la silenciosa tierra antártica.



Altas y escarpadas en casi toda su extensión las costas del Pacífico, están respaldadas contra muros enormes de cordilleras que al mar descienden sostenidas por estribaciones análogas a peldaños de cíclopes; y una grandiosa semejanza de líneas de contorno, como si todas ellas hubieran sido trazadas por un gigantesco compás, se patentiza en todas partes: vése allí en efecto, desde luego, el arco que forma el borde del Oeste de la América del Sur, con sus disgregados trozos de serranías costeras, abajo, huyendo hacia el Sureste al través de los grupos de islas chilenas; con sus terrazas superpuestas, encima; las cumbres de los Andes, en lo alto; los gigantescos volcanes, en fin, coronados de nieve y vomitando llamas a más de 7,000 metros de altura. De todos pudiera decirse como de uno de ellos dijo el poeta Rafael Obligado al cantar a la América:

“Allá yérguese altivo en su regazo  
El viejo audaz de corazón de piedra,  
A cuya cima, ni la astuta hiedra  
Ha podido trepar, el Chimborazo:  
Su frente de granito  
Donde el sol de los trópicos chispea,  
Por cima de las nubes centellea  
Y parece horadar el infinito.”

Detrás de esas cordilleras, que la ignorancia imagina como las más viejas del globo, y a las que los geólogos señalan vida más reciente, una tercera fila de sierras se endereza: menos alta casi toda que la precedente, pero tan vieja como las primeras edades del mundo.

Y al Norte de ese primer arco del litoral sud-americano está el segundo: está el arco de montañas que va desde el Septentrión de la América del Sur hasta Guatemala, hasta Chiapas, y que el Barón de Humboldt, lo mismo que Ritter y Suess, ven doblarse hacia el Este, para construir en los dominios del Atlántico el espléndido rosario de las Antillas, y separar en dos unidades distintas las dos Américas.

En ese segundo arco, lo mismo que en el primero, arden también volcanes: no tan altos como los de Sud América, pero implacables, numerosísimos: nacen a nuestra vista, uno tras otro, en surcos abiertos ante el mar, y crecen también ante nosotros: cubren a veces el cielo, semanas enteras, con su mortal aliento de llama y de cenizas.

Luego está el tercer arco: el de la América del Norte: el que va desde Oaxaca hasta Alaska, y en él, lo mismo que en el de la América del Sur, se enderezan abajo trozos de cadenas montañosas de imponente belleza, las serranías costeras, que forman el esqueleto coronado por mesas de la Baja California, y que yerguen en el Oeste de los Estados Unidos sus acantilados, sus cimas, a intervalos coronadas por los torcidos y fuertes cipreses de extrañas formas que enfrente del Monterrey americano semejan contra el cielo gigantescos avestruces negros, a cuyos pies las aguas del Océano se revuelcan y brincan, coronadas de espuma.

Esas serranías, que debían encontrarse en la prolongación austral de nuestra Baja California ¿se hundieron quizás ante nuestras costas, y dejaron sólo como mudos testigos de la catástrofe, las cabezas de las Tres Marías entre el Cabo San Lucas y el Cabo Corrientes? ¿Han desaparecido en el mar fajas de tierra que en otro tiempo existieron a las faldas de nuestra Sierra Madre del Sur? ¿Será posible encontrar bajo las aguas, estructuras paralelas a la bien guardada hoyo del puerto de Acapulco, donde en las noches más negras palpitan, como un cielo volcado en el oleoso abismo, y lleno de vivientes constelaciones, prodigiosas miriadas de infusorios?

Las serranías costeras no existen en todo caso allí: se levantan en cambio en el Oeste de los Estados Unidos, maravillosamente rotas por la Puerta de Oro, para formar en medio de la Alta California la espléndida bahía de San Francisco, y se despedazan al Norte, en el Canadá y en Alaska, en innumerables islas, análogas a las islas Chilenas, pero regadas en dirección opuesta, hacia el Noroeste.



Detrás de las serranías costeras se levantan en todo caso también, en un segundo término, como en Sud América, cordilleras más altas y también volcánicas: la Sierra Madre Occidental, en México, las Nevadas y las de las Cascadas, en los Estados Unidos y en el Canadá.

Y lo mismo que en la América del Sur, tras esa segunda cortina de montañas se endereza aún otra enorme muralla: la de la Sierra Madre Oriental, en nuestra República; la de las Montañas Rocosas, al Norte.

En el extremo Septentrión, no obstante, y en Asia y en la Insulinda y en Australia, los bordes del Océano son en apariencia distintos: son en realidad análogos.

También allí están constituídos por serranías detrás de serranías; sólo que entre unas y otras la tierra se ha hundido, como se hundió en las edades geológicas para formar nuestro Golfo de California, de modo que así, entre las sierras continentales y las de las islas que las rodean, se han ahuecado profundos mares interiores, que circuyen del lado del Pacífico enormes guirnaldas de islas, y del lado de los continentes, serranías: a veces paralelas a las de las islas; dibujando a veces una curva opuesta, cuyas puntas tocan a las de los festones que las islas constituyen.

Queda así primero, allá en el Septentrión, el arco abierto hacia el Norte, el de las islas Aleutas, piedras de un vado de gigantes que une la América con el Asia; y detrás de ese arco, y detrás del mar de contornos lenticulares que el mismo arco limita, queda opuesta la curva montañosa abierta hacia el Sur, la de las penínsulas americana y asiática que avanzan la una hacia la otra como si a juntarse fueran, y que se detienen de súbito, cortadas por el estrecho de Behring.

Queda luego al Oeste, en la costa del Asia, el segundo arco, el de las islas asiáticas, formado por cuatro guirnaldas de islas: todas en curvas abiertas hacia el Asia: las Kuriles, continuación de la península de Kamtchatka; las del Japón; las de Riu Kiu; las Filipinas con la enorme de Borneo; y detrás de cada una de

esas guirnaldas, los mares interiores en cuyos bordes continentales "se han podido reconocer, a lo menos en sus grandes trozos, las extremidades de las grandes cadenas del Asia."

Pero lo mismo en el arco de las Aleutas que en el de las islas asiáticas, los volcanes encienden sus grandes antorchas trágicas, y la tierra tiembla: la enorme ballena mítica que al decir de los Japoneses está debajo de sus grandes islas, se sacude golpeando furiosamente el mar en cuyo fondo habita.

El tercer arco de montañas está después: el tercero del Oeste del Pacífico: sostenido afuera por las islas de extrañas formas que desde Borneo y las Célebes, van por las Molucas a la Nueva Guinea; bañado en seguida al Sur de ellas, por los calientes mares del Mediterráneo malayo; reforzado en fin por la segunda cortina de altos montes, los que yerguen sus cumbres y erigen sus volcanes en las largas islas de la Sonda.

Y la cuarta doble curva de montañas del Oeste del Pacífico es la que trazan, contra el grande Océano, las volcánicas islas de la Nueva Caledonia y de la Nueva Zelanda, en arco inmenso que al Oeste se abre, y las que constituyen, adentro, los Alpes Australianos y Tasmanianos, de curva abierta también hacia el oeste, y separada de la anterior por el vasto mar donde alternativamente van al Sur y al Norte las grandes corrientes australianas.

Para hacer aun más extraordinaria la semejanza de los contornos del Grande Océano, hé aquí por último que los descubrimientos hechos al Sur del Pacífico nos muestran la alta mesa desnuda que forma la tierra antártica: más extensa quizás que la Australia entera; y en sus bordes arden también, sobre el sudario infinito de los campos de hielo australes, los dos gigantes volcanes gemelos que vió Lord Ross: el Erebo y el Terror, que tantas veces han animado con sus rojos incendios y con sus pavorosos rugidos el trágico silencio donde la vida se acaba.

¿Qué queda en medio de este contorno gigantesco, cuyos soberanos lineamientos son más grandiosos que los que pudo soñar la imaginación del inmortal poeta florentino?



¿Qué queda en medio de la triple y curva muralla de estupendas serranías y de flamígeros volcanes?

En medio, bajo el más libre de todos los vientos, que encrespa las olas más vastas de todos los mares, y que empuja en perennes circuitos sus enormes corrientes, de la América a la Australia y al Asia, y de la Australia y el Asia otra vez a la América, queda el mar menos salado de los que existen: con 35 partes apenas de sales por cada mil de agua; el mar en cambio más azul, de un azul que lejos de las tierras es tan sombrío, que pudiera creerse negro con vivientes reflejos metálicos, y que, al enderezarse, atraído por las escarpas de las costas, cuya densidad es siempre más alta que la de las aguas, se quiebra con estruendo coronándose de espuma.

Los exploradores, que han arrojado sondas cada vez más perfectas al Océano Pacífico, sondas semejantes a mandíbulas abiertas, que al llegar al fondo se cierran para morderlo, y que suben a la superficie fragmentos de ese fondo, nos han descrito ya las prodigiosas profundidades: han recogido partes minúsculas de su légamo azul, que lo tapiza desde Acapulco hasta las islas Galápagos y que, con óxidos de hierro contiene numerosos residuos de organismos calcáreos; han extraído partes insignificantes de su légamo verde, que lo cubre al Oeste de California y al Oriente del Japón y de Australia; han estudiado sobre todo su légamo rojo, el légamo de los abismos, que lo alfombra en más de 100 millones de kilómetros cuadrados, y en el que, con glóbulos de hierro meteórico, presenta polvo de óxidos de hierro, dientes de escualos y huesos de ballenas fósiles, pertenecientes a la edad terciaria de la vida del globo.

Los mismos exploradores, que han medido la temperatura de las aguas profundas, y que se han convencido de que a menos de 200 metros ya no las calienta casi el sol, de suerte que allí sólo existen frías ondas, ni las traspasa tampoco la luz del cielo, de modo que allí solo hay aguas sombrías; pero que en cambio tienen en solución, como toda agua de mar, oro y plata, y están animadas, como toda la Tierra, por corrientes magnéticas, han

medido también sus profundidades: han hecho la carta de los fondos submarinos: definen ya el inmenso Océano como una vasta cuenca, la más vasta y la más honda: casi toda a 5,000 metros de profundidad, con solo un gran relieve, el que va de un modo oblicuo desde Guatemala hasta las islas del Oriente, sepultando no obstante a más de tres mil metros: describen esa hondísima cuenca, salpicada por cumbres montañosas que yerguen sobre la azul superficie de las olas, enormes cráteres de volcanes, como gigantescas copas sombrías en cuyo fondo hierven rojas lavas; la describen también levantando hasta la superficie millares de islas de coral, como inmensos anillos que en su interior encierran lagos, ya separados totalmente del mar, ya comunicados abajo, de tal suerte que alternativamente la respiración del mismo mar, la marea, levanta y abate sus aguas.

Describen esas islas, sobre todo las que en parte o en todo son de origen volcánico, como los poetas las han cantado; coronadas de helechos y de palmas, salpicadas de flores, pobladas por extraños pájaros de vistosas plumas. Y hacen ver en fin, a los bordes de la hondísima cuenca sobre la que esas islas han nacido, fosos todavía más hondos: como el que al Sur de las islas Aleutas se hunde a 7,380 metros debajo del nivel del mar, o el que a los pies de las islas japonesas baja a más de 8,500 metros, o el que al Oriente de las Filipinas desciende a 6,400, o el que ciñe a la Nueva Zelanda, escondido a 9,427, o el que se precipita bajo el desierto de Atacama junto a la costa chilena hasta 7,635, o en fin el vertiginoso abismo de Nerón, que junto a las islas Marianas baja a 9,636.

El fondo así del inmenso Océano es doblemente grandioso porque no sólo es en su conjunto el más hondo de todos, sino que rodea sus enormes profundidades con fosos y abismos estupendos, en los que cabrían todas enteras y desaparecerían holgadamente las más altas montañas de la Tierra; y es más maravilloso aún porque exactamente sobre esos abismos se levantan, desde aquellas vertiginosas profundidades, varias de las más altas cordilleras que en el globo existen.



¿Cómo ha podido formarse este mar estupendo? ¿Cómo han podido formarse las enormes montañas que lo rodean? ¿Han emergido del seno de las olas?... Van subiendo, pensó Darwin, al encontrar en las costas occidentales de la América del Sur depósitos de conchas marinas a enorme altura; van subiendo, han pensado también otros geólogos, al descubrir huellas del mar en el Noroeste y el Oeste de la América del Norte, en las guirnaldas de las islas asiáticas y en la Nueva Zelanda. Van subiendo, han pensado en fin nuestros excelentes exploradores de la Baja California, que en los últimos años fueron a estudiarla, y que allí también encontraron inequívocas señales de un estupendo movimiento terráqueo.

Contra todos los que así piensan, el admirable geógrafo, Suess, sostiene, sin embargo, distinta tesis: para él, como para Goethe, como para Swedenborg, como para el soberano poeta de la Divina Comedia que, naturalmente sin referirse al Océano Pacífico, entonces aún no descubierto, leyó, un año antes de su muerte, en la Capilla de Santa Helena, en Verona, el penúltimo domingo de Enero de 1320, su admirable disertación sobre la tierra y agua, la tierra no puede elevarse en espacios tan vastos, tan distantes y tan armónicamente ligados unos con otros: esto sería contrario a su naturaleza, decía Dante: no puede, en todo el inmenso contorno del Océano Pacífico, ir subiendo; esto sería contrario, dice Suess, a las leyes mismas de la pesantez.

Pero si los litorales del Pacífico no van subiendo ¿cómo explicar las huellas del mar, altas, muy altas, en ciertos puntos a centenares de metros sobre las olas?

Es, afirma Suess, que el Océano se hunde: es que de tiempo en tiempo una enorme dovela de las bóvedas del globo terrestre, sobre las que el mar se dilata, baja hacia el centro del Planeta, como se han derrumbado también de tiempo en tiempo partes de la corteza emergida: y cada vez que un hundimiento se produce en cualquier punto del Océano, el agua baja al fondo del abismo; el agua se aleja de sus antiguas orillas; la extensión del mar se reduce.

¿No afirman los geólogos que en otro tiempo el mar cubría la Tierra toda?

Un hundimiento del que es imposible que nos formemos idea apropiada,—tal fué su tremenda magnitud,—hizo que se abismara, desde los albores de la edad mesozoica de los geólogos, hace millones de años, el piso del Océano Pacífico: su honda cuenca quedó así formada desde entonces; desde el período triásico: hundimientos posteriores hicieron probablemente que se formaran las guirnaldas de los mares del Asia; hundimientos más recientes separaron Australia de la Nueva Zelanda y de Tasmania; hundimientos en fin que han pasado en nuestro tiempo han sido tales como la dislocación producida en 1856 en la Nueva Zelanda, al través del estrecho de Cook.

El Océano en consecuencia ha ido ganando en profundidad lo que en área superficial ha perdido, y sobre sus bordes y sobre sus islas las poblaciones humanas se han multiplicado, se han apiñado.

¿Cuál será el destino de esas poblaciones en el futuro, mientras la milenaria transformación del Océano continúa?

Ya ahora uno de esos enjambres humanos, el japonés, en el arco insular del Oeste, parece dispuesto a la conquista; ya otro, el australiano y neo-zelandés, en el arco del Suroeste parece resuelto a adueñarse del mundo oceánico; ya el pululante enjambre anglo-americano, desprendiéndose de California plantó la bandera estrellada en los altos volcanes de las islas Hawaii y fué a tremolarla en las Filipinas; ya en fin los pueblos a los que España dió su cultura han mezclado las viejas razas guerreras de los meshica, de los incas, de los araucanos, con la esforzada raza guerrera de los españoles, y divididos aún por sangrientas y mezquinas contiendas, aspiran no obstante a una unión definitiva.

¿Qué pasará en el porvenir? El teatro de la historia antigua, encerrado en torno del Mediterráneo europeo; el teatro de la historia moderna, dilatado alrededor del Océano Atlántico, se agigantará para la historia futura: será su escenario el inmenso



Mar Pacífico, el de los vertiginosos abismos, el de las costas escarpadas, el de los tremendos volcanes.

Los pueblos que desde sus bravías riberas se ven con sañuda desconfianza y con recíproco celo ¿llegarán a entablar una lucha titánica, junto a la que sean pálidos simulacros las más grandes contiendas de la historia? ¿Se despedazarán unos a otros cuando por el canal de Panamá pasen, vomitando torrentes de humo, las inmensas escuadras portadoras de la muerte, y cuando en el aire vuelen innumerables velívolos, que sobre la tierra y el mar derramen llamas?

¿Tendrán por lo contrario los pueblos del Pacífico la rara cordura de entender que la humanidad entera tiene intereses comunes; que los pueblos como los hombres deben llegar a cooperar todos en obras de concordia; que la fraternidad humana obliga en fin no solo a los individuos, sino también y más que a los individuos a las naciones?

¿Entenderá México el papel que su situación ístmica le señala, para ser el intermediario entre todos los hombres, el luminoso guión de armonía entre todos los pueblos, el campo donde todas las formas de cultura se sublimen, la Suiza en fin del Mundo Nuevo?

El misterio envuelve aún, como envolverá siempre; penetra aún como penetrará todos los tiempos; cubre aún el Universo como lo cubrirá hasta el fin de los siglos, y los orígenes del Pacífico, y los destinos del Pacífico y los problemas últimos del Pacífico están por lo mismo sumergidos en el misterio.

Hoy, sin embargo, al bosquejar esta rápida síntesis de lo que juntos los hombres de todos los pueblos han llegado a hacer en cuanto al Océano Pacífico, desde que el joven hijo de un cacique indio señaló a Vasco Núñez de Balboa la ruta del Grande Océano, quiero concluir con un supremo voto: que a la manera con que los exploradores y los sabios de todos los países han formado una sola hoguera de ciencia con las antorchas de su sabiduría, así los pueblos todos que en el Pacífico habitan o que en torno del Pacífico crecen: los viejos pueblos indígenas, los del Extremo

Oriente, los blancos y los de razas mezcladas, hagan al fin una sola grande obra sinérgica de cultura, una sola labor de recíproco conocimiento, de respeto y amistad recíprocas, de mutua y constante ayuda; que políticamente merezca la más grande de las divisiones de nuestra hidrósfera el nombre que sus descubridores le pusieron, el nombre tantas veces discutido de Océano Pacífico; que sea en fin cierta, en el mundo de la recíproca estimación de los hombres, la gran palabra del geógrafo Verenio; y que así como una gota de agua puesta en movimiento conmueve todo el Océano y produce en él un sistema completo de circulación, una gota del amor que predicaba Cristo a los hombres ponga en conmoción a los habitantes del Planeta, y a todos definitivamente los una para la perpetua realización del progreso.

EZEQUIEL A. CHÁVEZ.

